

Clásicos Modernos

Cuentos

Antonio Pereira

Antología de

Raquel Ramírez de Arellano



ANAYA



1.ª edición: mayo 2021

© Heredero de Antonio Pereira, Joaquín Otero Pereira, 2021

© De la selección y la introducción: Raquel Ramírez de Arellano, 2021

De la ilustración de cubierta: Beatriz Martín Vidal, 2021

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-8615-1

Depósito legal: M-6128-2021

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos **Modernos**

Cuentos

Antonio Pereira



Antología de:
Raquel Ramírez de Arellano

ANAYA

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 11 |
| De <i>Una ventana a la carretera</i> (1967) | 17 |
| BELTRÁN, PRIMERA ESPECIAL | 17 |
| SANTA BÁRBARA, CUANDO TRUENA | 21 |
| HERMOSA PRIMAVERA, SEÑOR DIRECTOR | 34 |
| UNAS BOTAS DEL 43 | 43 |
| De <i>Historias veniales de amor</i> (1978) | 50 |
| FÁBULA CON OBISPO Y NIÑO | 50 |
| De <i>Los brazos de la i griega</i> (1982) | 56 |
| CHARLY | 56 |
| EL POZO ENCERRADO | 68 |
| EL OTRO Y YO | 77 |
| De <i>El síndrome de Estocolmo</i> (1988)..... | 84 |
| OBDULIA, UN CUENTO CRUEL | 84 |
| LOS OJOS LUMINOSOS | 90 |

| | |
|---|-----|
| De <i>Picasso en el desván</i> (1991) | 98 |
| EL ESCALATORRES | 98 |
| EL NARRADOR INOCENTE | 99 |
| LENTA ES LA LUZ DEL AMANECER EN LOS AEROPUERTOS PROHIBIDOS | 103 |
| MILAGROS Y FOTOCOPIAS | 103 |
| EL ESPEJO | 110 |
| EL DESAFÍO | 113 |
| <i>THE END</i> | 119 |
| UNA HISTORIA BREVE | 119 |
| De <i>Las ciudades de Poniente</i> (1994) | 128 |
| EL APARTAMENTO | 128 |
| LOS TIEMPOS QUE VIENEN | 133 |
| EL TERRIBLE | 137 |
| LA PLAZUELA | 142 |
| De <i>Relatos sin fronteras</i> (1998) | 146 |
| EL OCULISTA | 146 |
| De <i>Me gusta contar</i> (1999) | 155 |
| LA CREACIÓN | 155 |
| De <i>Cuentos de la Cábila</i> (2000) | 159 |
| SAN POLICARPO | 159 |
| LA BOMBILLA FIADA | 162 |
| LA REPÚBLICA NO ERA TAN MALA | 165 |
| LA ILUSTRE CASA DE PEREIRA | 167 |
| LA IMPOSICIÓN DE MANOS | 170 |
| EL PROTAGONISTA | 173 |
| De <i>Cuentos del noroeste mágico</i> (2006) | 179 |
| CUENTO DE LOS DOS NARRADORES | 179 |

| | |
|--|-----|
| De <i>La divisa en la torre</i> (2007) | 181 |
| ¿ESTÁ EN LA CÁRCEL? | 181 |
| LOS BOLEROS DEL DENTISTA | 183 |
| LOS CUADROS DEL PSIQUIATRA | 185 |
| EL ESCRITOR AL VOLANTE | 187 |
| LA REBELDÍA DEL POETA | 189 |
| EL PLAGIO | 191 |
| De <i>El último cuento</i> (2008) | 195 |
| BRADOMÍN | 195 |

Introducción

«**N**ací en Villafranca del Bierzo, confin occidental de la provincia de León y allí empecé a leer en mi adolescencia». ■ 11

Con estas palabras que el propio autor pronunció en numerosas entrevistas y textos de su vida, abre la Fundación Antonio Pereira, dedicada a la difusión de la obra y vida del escritor, el apartado dedicado a su biografía.

Y así fue, en 1923, Antonio Pereira abrió los ojos a la vida como el cuarto hijo de una familia trabajadora que regentaba una ferretería que les permitía una vida sin presiones económicas.

Realiza sus primeros estudios en el colegio de monjas de la Divina Pastora y más tarde en las escuelas nacionales de la mano del maestro Jesús del Palacio a quien evocará en alguno de sus cuentos. En 1931 se incorpora a la academia del sacerdote Manuel Santín, quien inculcó a Pereira su gusto por la literatura.

A sus diez años recibe como regalo familiar un ejemplar del *Quijote*, y como regalo de la vida sus primeras gafas, que hacen de Antonio Pereira un niño tímido y solitario que siente un inmenso interés por la lectura, de la que se alimenta visitando la librería-impresión de su tío.

12 ■ Con solo trece años hace su primera colaboración periodística en el *Diario de León* y en 1940 obtiene el título de Bachillerato. A partir de aquí, aunque obtuvo el título de maestro por el que nunca ejerció, es considerado autor autodidacta por no tener estudios superiores.

A partir de 1944 se centra en su actividad de viajante, que le permite conocer múltiples lugares y entrar en contacto con todo tipo de personas. Tiene que interrumpir su profesión por una afección pulmonar y años después abandona Villafranca y se instala en León, donde abre un negocio de artículos de electricidad.

Cabe destacar su participación en el ambiente literario de León en torno a la revista *Espadaña*, aunque no fue miembro activo del grupo poético, pues siempre ha sido considerado un autor independiente.

En los años 60 se publican: su primer poemario, *El regreso*; su primer libro de cuentos, *Una ventana a la carretera* (Premio Leopoldo Alas, 1966); y la novela *Un sitio para Soledad* (seleccionada en el Premio Nadal, 1968).

A partir de este momento su trayectoria literaria fue imparable. Se instala por largas temporadas en Madrid

y comienza a trabajar de manera asidua como articulista en distintos periódicos y revistas.

Como un torrente de creación se suceden las publicaciones de poemarios: *Cancionero de Sagres* (1969), *Dibujo de figura* (1972), *Contar y seguir* (1972), *Antología de la seda y el hierro* (1986), *Raros y no olvidados* (1987), *Una tarde a las ocho* (1995), *Poemas del claustro* (1999), *Meteoros* (2006); libros de cuentos: *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976), *Historias veniales de amor* (1978), *Los brazos de la i griega* (1982), *El síndrome de Estocolmo* (1988), *Cuentos para lectores cómplices* (1989), *Relatos de andar el mundo* (1991), *Picassos en el desván* (1991), *Obdulia, un cuento cruel* (1994), *Las ciudades de Poniente* (1994), *Relatos sin fronteras* (1998), *Cuentos del medio siglo* (1999), *Cuentos de la Cábila* (2000), *Oficio de volar* (2006), *Cuentos del noreste mágico* (2006), *La divisa en la torre* (2007); y novelas: *La costa de los fuegos tardíos* (1973), *País de los Losadas* (1978), *Crónicas de Villafranca* (1997).

■ 13

Ha sido un escritor ampliamente premiado, pero entre esos premios destacan el premio Libro Leonés del año (1985), el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de León (2000) y el Premio Castilla y León de las Letras (2001).

En el año 2009 muere de manera repentina en su casa a los 85 años y en el mes de julio la Diputación de León entrega a su viuda, Úrsula Rodríguez Hesles, la Medalla de Oro de la Provincia a título póstumo.

Temas y valores como la lealtad y la seguridad aparecen en sus textos. Son cualidades unidas a la impecable conducta de los personajes, muchas veces personas reales que Pereira ha convertido en personajes literarios, que presiden sus relatos porque en sus actitudes ante la vida encuentra aspectos muy importantes que reseñar.

14 ■ También la generosidad ligada a la inocencia se asoma entre los caracteres de estos tipos, que muchas veces son niños y otras veces convecinos que han convertido en grandes hazañas su modo de apoyar al entorno en el que se inscriben.

Finalmente, reaparecen en varios relatos los conceptos de libertad y humildad que conformarían un corpus de atributos de ejemplaridad en las figuras que protagonizan los relatos.

Pereira es, sin duda alguna, un escritor de vocación que alimenta sus escritos de las anécdotas reales que le suceden y que transforma, mezclando realidad y ficción, realismo y esperpento con una concisión muy necesaria para la conformación del relato breve; si bien es cierto que su visión como poeta, aporta a sus cuentos cierto rastro de lirismo, no adolecen tampoco de cierto tono humorístico e irónico que conducen al lector a un estado de semisonrisa permanente.

Casi todos los relatos de Pereira se encuentran narrados en primera persona aunque en algunos de ellos hace alusión a anécdotas que le han contado o experiencias que le han sucedido a otros.

Todas estas particularidades sitúan a Antonio Pereira al margen de grupos o tendencias literarias de la época y lo convierten en un autor muy original e independiente.

Raquel Ramírez de Arellano

DE UNA VENTANA A LA CARRETERA (1967)

BELTRÁN, PRIMERA ESPECIAL

■ 17

«¡Ahora!». «Ahora mismamente —pensó el chófer del autobús— va a asomar el torazo negro del coñac». Y los cuernos del anuncio empezaron a asomar.

«¡Ahora! —se dijo el hombre un poco más adelante—; ahora va a quedarse agotada la segunda, y punto muerto, y primera, y algún viajero, quién sabe cuál, va a decir Beltrán que nos quedamos».

—¡Beltrán, que nos quedamos! —dijo desde atrás un guardia de la pareja que había subido al empezar el puerto.

Beltrán se sonrió frente al retrovisor, orgulloso de su sabiduría. Porque llevaba veinte años haciendo la lanzadera, cada día cinco horas desde la villa a la capital y cinco y media desde la capital a la villa, sus sentidos se anticipaban a las peripecias del viaje. Él mismo se asustaba, a veces, de su don profético: «Allí va a brincar

una liebre». Y brincaba. Y si no una liebre, una doncella.

18 ■ Beltrán era fuerte y rudo. Por nada de este mundo cambiaría su oficio. Llevaba el volante con la seguridad de un héroe antiguo que se abriera paso entre mil asechanzas. Todos confiaban en él; con Beltrán, primera especial, no pasaría nada malo. A su lado, en el asiento delantero, tenían plaza los notables de la villa, como el párroco, cuando iba a la Curia y el brigada de la Guardia Civil; pero muchas veces era un niño, o un anciano, o una rapaza sin malicia, confiados a la tutela de Beltrán. A Beltrán —y de paso a su compañero, el cobrador— lo convidaban en todas partes, pero él no abusaba jamás.

Venían de regreso aquella tarde, como todas las tardes.

Por la mañana —como todas las mañanas— el coche de línea había salido del pueblo a las seis y cuarto en punto. Partía de la plaza. Desde media hora antes, por las calles mudas y solitarias iban llegando los viajeros del alba, como fantasmas, como conspiradores. Ponían sus cestas y paquetes, también alguna maleta, alrededor del ómnibus adormilado en la media luz del amanecer. Luego se desentumecían paseando, tosían, encendían cigarros. Los viajeros miraban a la ventana de Beltrán, que vivía en la misma plaza. Solo cinco minutos antes de la salida, cuando ya el cobrador había colocado los equipajes en la baca, Beltrán aparecía

como un primer actor, trepaba a su puesto de mando y encendía el motor para que se calentase. Luego arrancaba con solemnidad, enfilaba una calle estrecha haciendo retemblar los cristales de las galerías, y atrás quedaba la plaza con sus soportales desiertos, dominio de los perros que se buscaban para hacer sus cosas. Cuando el autobús llegaba a carretera abierta, Beltrán hacía recuento mental de los pasajeros. Casi ninguno le fallaba. Aquel, a los exámenes; tal otro, a arreglar lo de la multa; la pobre mujer, a que la radiaran; la señoritinga, a ver zapatos en la capital... A veces, pocas, el enigma de alguna cara desconocida; el conductor se inventaba entonces, para sus adentros, toda una historia novelesca y sentimental.

■ 19

Coronó el coche la cresta del puerto. La tarde estaba más oscura en la nueva vertiente. Anochecía. Al iniciarse la bajada disminuyó el jadeo del motor. Se acercaba la hora de premiarlo con una tregua, de que Beltrán y el cobrador y los viajeros se premiasen también con el bocadillo y el trago de vino fresco.

Durante años, al aproximarse este momento de cada día, Beltrán solía alegrarse con un gozo sencillo y puro. Sin embargo, ni aquella tarde ni en todas las tardes de aquel mes había sentido otra cosa que no fuera desazón, hormigueo que hubiera querido vencer. No lo había hablado con nadie, ni siquiera con su mujer, pero él bien sabía la causa en lo callado del corazón: la costumbre de veinte años, que le hacía parar el coche junto

20 ■ al tabuco de la señora Camila, había sido rota sin más ni más, y ahora el autobús pasaba de largo y no se detenía hasta el bar de la gasolinera nueva, rutilante de luces, con aparatos cromados para hacer café o cortar el jamón. Beltrán quería justificarse a sí mismo por la comodidad de los viajeros: en la taberna de la señora Camila apenas podían merendar otra cosa que cecina y pan. Y luego, las necesidades... En la nueva parada, en cambio, había servicios higiénicos —las mujeres en la puerta del abanico; los hombres en la de la pipa—; por haber, había hasta una máquina tocadiscos. Con todo, Beltrán no llegaba a tranquilizarse. En realidad, el momento penoso era el de pasar cada tarde por delante de la vieja taberna, ahora apagada y triste, como si estuviera maldita. Difícil, sobre todo, cuando Niche el perro de la casa, que solía esperar a la puerta, se lanzaba sobre el coche de línea sin entender, ladrando lastimero junto a las ruedas. Beltrán aceleraba entonces con rabia y pronto dejaba atrás al que durante viajes y viajes fuera su amigo zalamero.

Aquella tarde el Niche estaba, como siempre, sentado a la puerta de su ama. Beltrán, que ya lo venía viendo desde lejos, no tuvo que aguzar su visión profética para decirse: «¡Ahora!». «Ahora mismamente va a desparezarse, y va a dar un brinco, y va a esperar a que el coche llegue para seguirlo hasta que no pueda más».

Pero Niche no hizo nada. Aquella tarde ni siquiera rebulló cuando el coche llegó a su altura, sino que se

estuvo quieto, y el conductor creyó verle en los ojos, al pasar, una tristeza resignada y última, como si fueran los ojos de un hombre que ya no tiene nada que esperar...

Beltrán sintió una rabia inmensa, mucho mayor que cuando el perro lo importunaba siguiéndolo.

De repente, con susto de los viajeros, pisó el freno hasta que el coche se detuvo con un gemido largo. Luego metió la marcha atrás y lo hizo recular despacio, despacio, hasta arrimarlo a la vieja taberna; tanto, que todo el recinto oscuro se iluminó con las luces del autobús. ■ 21

SANTA BÁRBARA, CUANDO TRUENA

I

El delegado puso orden en las cajas que llenaban el asiento de atrás. No era un viajante: era un delegado. La diferencia tenía su importancia en las tarjetas de visita, en las fichas de los hoteles. Y allá en su pueblo, si los viejos padres y las hermanas puntillosas se consolaban de no verle médico, era por aquel otro título tan presentable. A la gente, en España, lo de delegado le causa mucho respeto.

Ya estaban en su sitio las muestras gratuitas y la literatura. El delegado hizo una ronda alrededor del coche

y fue empujando con el pie sobre cada rueda, asegurándose de que tenían aire. Subió a su asiento y arrancó despacio, con pereza. Dejaba un lugar amigable. De la ruta a su cargo podría él hacer un mapa sentimental, con tachuelas de color para los sitios amables; con señales negras, o por lo menos grises, para aquellos otros en que la fonda era húmeda, aburrido el trabajo, las mujeres no propicias. Sobre todo las mujeres: si a cualquier viajero le acontece aborrecer a tal o cual ciudad, solo porque la conoció en día de dolor de muelas o de zapatos estrechos, al delegado le sucedía en relación con sus negocios amorosos. Y lo que son las cosas: los gráficos de la oficina central iban reflejando aquellas preferencias y repugnancias, aunque nunca la Dirección acertara a explicarse por qué en Palencia se imponían las nuevas vitaminas efervescentes con sabor a naranja, y en Valladolid, no.

La ciudad que iba quedando atrás ostentaba un nombre agudo y redondo, seco como los atabales de sus viejas edades, pero al delegado le sonaba a Lola, nada histórica ella, aunque también notable en arquitectura. Miraba el viajero cada poco al espejo retrovisor, y en el pequeño cristal se le iban desdibujando torres y jardines, hasta que solo quedó la estela rezagada del camino.

II

Era aquella una tierra de sol. Tanto había zurrado el calor a los campos encendidos, que en el cielo se esbozaban

manchas de mal augurio. Para el delegado, lleno de vida, todo cantaba en la mañana feliz. Lola era la canción. Con los ojos en la tierra que se iba entregando ante el avance del coche, oyéndose sus propios recuerdos en la soledad que no turbaba el redondo ruido del motor, recreaba el viajero las sensaciones aún calientes, cada palabra y cada gesto, los roces suaves y las exaltaciones.

Rodaba despacio. Le avisaron casi encima, con la bocina. El hombre que iba al volante del Pegaso sacó la mano y saludó después de adelantar. Era un camión alegre, como una voz amiga en el folclore de la carretera. Hay camiones taciturnos, que marchan con pesadumbre. Otros, como el de aquella mañana, son dicharacheros por todas sus caras: «Beba vino y vivirá mejor». «Pida paso y se le dará». Desde el pequeño coche del delegado no podía verse la delantera del camión; pero era fácil imaginar a su hombre, uno de esos tipos enterrizos, pegada al cuerpo, como segunda piel, la camiseta blanca y sin mangas que es su uniforme de todo tiempo. No faltarían en la cabina los emblemas consabidos: la Divinidad en algún modo, la esposa y los hijos con su «Ven pronto, te esperamos» y algún almanaque con protagonista rubia y opulenta.

Con los kilómetros corrían los pensamientos: Lola sobre todo, como una fruta pegajosa y dulce. El día había ido oscureciendo. Unos escasos goterones empezaron a caer sobre el parabrisas del delegado. Al hacerse

menos espaciados, este hizo funcionar el dispositivo que los limpiara, pero el cristal se emborronó todavía más. Solo cuando el agua cayó copiosamente resultó eficaz el aparato, y un escenario de belleza nueva apareció entre las varillas que se abrían y cerraban incansablemente, como un abanico, ante los ojos del conductor.

24 ■ El agua no venía sola, sino mandada por nubes que parecían cargadas de ira. Al primer relámpago recordó el viajero su infancia temerosa. En el pueblo no faltaba cada verano su tarde trágica de tormenta, con el suspirar hondo del padre por las tierras apedreadas y la prudencia devota de la madre, que encendía la vela del monumento, entre súplicas:

*Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita...*

Luego, ya mayor, el delegado guardaba la huella de aquellos terrores y en la tronada oía la voz del Dios terrible. Asustado, pactaba con Él, como solía en tiempo de exámenes y en las trapisondas de la mocedad: «Señor, no volveré con Elvirita, no buscaré la ocasión...». Y Dios guardaba la caja de sus rayos, como si se lo creyera.

Pero esta vez, mientras Dios tronaba sobre Tierra de Campos, por la ventanilla del coche entraba el olor espeso de los campos de tierra, el olor de Lola reciente,

que el delegado gozaba a pulmón henchido, sin pactos ni arrepentimientos.

III

Las raras curvas estaban advertidas por allí con más reiteración que en los puertos peligrosos. En las carreteras sin riesgo aparente, las estadísticas hablan de la mortal confianza de los conductores. El delegado recordaba aquellos letreros imitados de Francia: «Aquí 2 muertos», «Aquí 3 heridos graves». Los psicólogos discutieron mucho sobre su conveniencia.

■ 25

Metió una marcha más corta y se apretó a su derecha. Remató el viraje y otra vez estuvo en la recta interminable, donde no era fácil imaginar ninguna amenaza. Sonrió porque la señal de curva peligrosa le había recordado aún más a Lola. (¡Y ese doble montículo avisador de los badenes, que parece dibujado con intención...!).

Dejó de tronar. Seguía cayendo el agua, con menos fuerza, pero también más triste en su monotonía. Fue entonces cuando el conductor advirtió un estorbo en la línea de la carretera. Levantó el pie del acelerador; fue acercándose al obstáculo todavía confuso. Las imágenes se iban dibujando poco a poco, a medida que se acortaba la distancia. Comprendió de pronto. No iba a ser la primera vez en su experiencia viajera. El accidente había irrumpido allí, brutal e inesperado como siempre.

Una selección de cuentos que reproduce la manera de entender el mundo de Antonio Pereira, en los que consigue indagar en las vidas de personajes con los que construye un universo plural.

Gelín, Beltrán, el obispo, el escalatorres, Lêdo Ivo o Juan Carlos Mestre son algunos de los personajes que han acompañado al autor, Antonio Pereira, a lo largo y ancho de estos relatos. Algunos reales y otros inventados, han contribuido a la creación de un ideario y una manera de comprender el mundo, basada en el respeto por los otros y señalando como válidos valores humanos como la humildad, el compromiso, la creatividad o la libertad. Con enorme habilidad, el autor construye un universo plural e igualitario utilizando en muchos de ellos su entorno más próximo, la región del Bierzo, donde pasó casi toda su vida. La característica más destacada de los relatos es la fina ironía con la que el autor teje cada episodio; con ella el lector será capaz de adquirir una enseñanza que lo aproximará al conocimiento de la sociedad de diversas épocas.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579026

ISBN 978-84-698-8615-1



9 788469 886151

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA